

epistemología del último neoplatónico, la última Academia neoplatónica, el neoplatonismo patrístico y medieval, el neoplatonismo árabe y judío, el renacimiento del neoplatonismo y por último el moderno neoplatonismo.

Los estudios son de alta calidad científica, la bibliografía que acompaña a la mayor parte de las ponencias, muestra la seriedad y el rigor con el que se han llevado a cabo. El volumen en su conjunto me parece que es una valiosa aportación para los estudios de este periodo del pensamiento. Los índices de lugares, de autores y de nombres hacen que esta obra sea una referencia para posteriores investigaciones.

M^a S. Fernández-García

Carlos del Valle Rodríguez (ed.), *La controversia judeocristiana en España. (Desde los orígenes hasta el siglo XIII). Homenaje a Domingo Muñoz León*, CSIC-Instituto de Filología (Serie B: Controversia, 11), Madrid 1998, 357 pp.

Con motivo del sexagésimo quinto aniversario del Prof. Domingo Muñoz León (Jaén, 1930), miembro durante dos quinquenios de la Pontificia Comisión Bíblica (1984-1995), Colaborador Científico del CSIC, profesor visitante de varias Universidades, entre ellas la Universidad de Navarra, sus colegas del CSIC le han dedicado un merecido volumen-homenaje, donde se combinan los elementos históricos postcristianos del judaísmo, especialmente en la Hispania christiana, con los intereses estrictamente bíblicos, que fueron la particular dedicación profesional de Don Domingo. La edición ha corrido a cargo del Dr. Carlos del Valle, Investigador Científico del CSIC, adscrito al Instituto de Filología (Departamento de Estudios Hebraicos). Al final del volumen viene el *curriculum vitae et operum* del Dr. Domingo Muñoz León.

Una parte considerable de esta miscelánea ha sido redactada por el propio editor. Don Carlos del Valle es autor directo de diez capítulos de la obra, que cuenta con veintidós.

Otro detalle interesante es que el propio homenajeado ha redactado el capítulo 21, sobre «San Pedro Pascual, obispo de Jaén», autor de obras en castellano y en lemosín (es decir, en catalán), cuya autenticidad, de éstas últimas, ha sido discutida por algunos. Las obras de impugnación de la «secta mahometana» (son dos) fueron escritas en castellano y, por consiguiente, su autenticidad no se debate. En cambio, las obras de controversia judeocristiana fueron preparadas en lemosín, y, por ello, su paternidad es insegura.

A lo largo de las páginas de este volumen desfilan las grandes controversias y los más destacados controversistas (hasta el siglo XIII, inclusive), desde el Concilio de Elvira (en las proximidades de Granada), celebrado a comienzos del siglo IV, hasta las dos grandes «disputas» de Barcelona (1263) y Mallorca (1286), sin olvidar los polemistas clásicos alto y plenomedievales, como Pedro Alfonso, Ramón Martí y Ramón Llull.

Una obra, pues, que no es mera miscelánea o yuxtaposición de temas, sino que reúne una unidad innegable y contribuye a uno de los temas historiográficos más actuales: las relaciones de judíos y cristianos en el solar ibérico, y los contenidos teológico-bíblicos de las discusiones y debates.

J.I. Saranyana

Richard Fletcher, *The Barbarian Conversion: From Paganism to Christianity*, University of California Press, Berkeley 1999, 575 pp, 36 ilustraciones en b/n, 10 mapas.

Richard Fletcher, historiador educado en Oxford, y cuyas dos últimas investigaciones sobre la edad media son poco menos que extraordinarias —*Moorish Spain* y *The Quest for El Cid*, que recibió varios premios— acepta en este nuevo libro una tarea ambiciosa: ni más ni menos que el relato histórico de la conversión de los habitantes de Europa a la fe cristiana en el milenio que va del siglo IV al XIV. No fue una transformación que ocurrió en un santiamén.

Cualquiera que sepa un poco de esa complicada y fascinante historia, entenderá que dar una visión del largo proceso en un solo volumen parece imposible hasta que uno lo ve realizado con considerable éxito por Fletcher. De camino, además, uno se ve obligado a reformar ideas y prejuicios sobre un fenómeno histórico de enorme importancia. Fletcher limita su investigación a la cristiandad latina, es decir, el oeste y el norte del continente europeo. La tarea de síntesis es inmensa, y evidente la grandeza del tema, pues no se trata sólo de una cuestión religiosa (la conversión propiamente dicha) sino también de una cuestión cultural, social, geográfica, y económica. El resultado de ese proceso milenial es la civilización occidental europea, y cualquiera que sea la actitud ante «la idea de Europa», se trata de la civilización de nuestro mundo.

Mucho se ha hablado, en la calle y en las aulas, del fin del cristianismo y a veces podemos tener la impresión de estar en su larga y final agonía. Sería más exacto decir, sin embargo, que el cristianismo apenas está empezando. Fletcher cita la opinión, quizá más teórica que otra cosa, del historiador francés Jean Delumeau que vio en la reforma protestante y en la contrarreforma católica dos movimientos cristianos de interiorización y espiritualización de la fe. La opinión me parece muy exagerada, pero aun errante apunta a una verdad cristiana fundamental que es el carácter asombrosamente vital de la fe, la verdad como algo vivo y en desarrollo, con un instinto certero de sobrevivencia. Chesterton dijo alguna vez que aun «pasada por agua» la fe cristiana era capaz de hacer polvo todas las ideologías e intentos de substitución. En el cristianismo cabe siempre la posibilidad de una nueva conversión después de la primera por la que uno es hecho cristiano.

La dificultad de hacer la historia de esa «conversión de los pueblos bárbaros» es evidente. En primer lugar, ¿qué significa conversión al cristianismo? Desde un punto de vista (sacramental), el Bautismo hace al cristiano.

Pero, ¿sólo eso? Vivir como cristiano no significaba siempre en la práctica la misma cosa. «Conversión podía significar cosas diferentes para personas diferentes al mismo tiempo. Lo que se exigía del converso podía variar según variaran también las circunstancias o las tácticas o la presión de tiempo disponible o el nivel de recursos morales».

Por otra parte, la documentación (Fletcher utiliza sobre todo literatura original) ofrece serios problemas. Está escrita por «profesionales cristianos» (como los llama el autor) y con un objetivo didáctico, lo que significa que hay buena dosis de autocensura; y que muchas cosas que nos gustaría saber no han sido transmitidas de ninguna manera. La literatura hagiográfica medieval es el ejemplo más claro, aunque Fletcher hace bien en indicar que descartar las vidas de santas y santos como si fueran «credulidad infantil» no lleva a ninguna parte, y es bueno oír esto de un historiador como él. La misión del historiador es entender el pasado, no mirarlo con arrogancia. Además no es fácil saber exactamente qué significaba realmente ese «paganismo». Es tan complejo saber qué hacía un bárbaro como qué hacía un bárbaro recién bautizado.

La idea moderna de conversión religiosa, según Fletcher, deriva en buena parte del famoso estudio de William James sobre *Las variedades de la experiencia religiosa*; es decir, entendemos la conversión como algo intensamente individual y espiritual. Pensamos inmediatamente en casos como los de San Agustín de Hipona y San Anselmo de Canterbury, narradores ellos mismos de su conversión. Pero evidentemente no todos eran Agustines y Anselmos los que componen esa «conversión» de los pueblos bárbaros. «La inmensa mayoría de las personas que aceptaron el cristianismo durante el período de nuestro estudio no eran ni letrados ni articulados. Cuando recibieron la fe lo hicieron, en su mayoría, millones y millones de ellos, porque así se lo dijeron o porque nacieron en la fe. Las luchas que experimentaron en el curso de sus vidas, por lo general bre-

ves, no eran de tipo espiritual sino más bien las más crudas de las luchas por la subsistencia material —cómo ir tirando en un mundo que carecía de manera crónica de alimento, calor, y salud—. Casos como los dos famosos obispos mencionados son la excepción. No niega Fletcher que hubo sin duda muchos otros individuos con una experiencia espiritual similar, pero por lo general la conversión tenía signo muy distinto de aquella convicción personal a la que sólo se llega con estudio y oración. La misma palabra conversión (*conversio*) era usada poco; su uso, por lo general, indicaba (como lo hace hoy) no el paso del paganismo al cristianismo sino la transición a una forma más seria, sincera y dedicada dentro de la fe. Para muchos de estos pueblos bárbaros la fe, al menos al principio, era algo que «aceptaban» o a lo que se «sometían», es decir, más una operación pasiva que una sincera y sentida conversión individual de mente y corazón. Todo un pueblo podía así aceptar de la noche a la mañana una disposición y conducta más o menos cristiana como parte de la Cristiandad. En más de un caso, observa Fletcher, la adopción del modo cristiano y la consolidación del poder secular iban mano a mano, pero hubo otros «disolventes» del modo antiguo de conducta.

Lejos, sin embargo, de ser una religión para víctimas y gente sin cabeza, con disminuida voluntad y poder de acción, como lo vería el pobre Nietzsche, y muchos otros con él, la cristiandad de la última fase de la edad antigua y de la edad media fue muy consciente del gran atractivo que ella ejercía ante pueblos bárbaros. La fe cristiana traía orden, estabilidad, prosperidad, y una extraordinaria confianza en las promesas de Dios que daba sentido a la historia y al destino de cada pueblo.

Al acabar este largo y fascinante recorrido de la conversión de los pueblos bárbaros, Fletcher puede refutar un viejo prejuicio anticristiano que presenta esos mil años como la edad oscura bajo el poder eclesiástico y tirano de la Iglesia de Roma. Escribe Fletcher: «No se aprecia todavía adecuadamente que la Euro-

pa cristiana en la primera parte de la edad media fue rica y bien administrada. La idea, hace tiempo abandonada por los medievalistas, de que la economía medieval era de alguna manera “primitiva” o “subdesarrollada”, todavía tiene vasta aceptación. Pues bien, esta idea no tiene fundamento alguno y merece decirse así de la manera más enfática que sea posible». La Iglesia cristiana aparece como la auténtica matriz de Europa. El fenómeno del paganismo, con su falta de unión y disciplina, estaba condenado a sucumbir.

Con un estilo ameno, muy apartado de la pedantería académica, Fletcher combina el conocimiento histórico concreto con la visión de conjunto del proceso de cristianización, iluminando la anécdota histórica con su propia intuición de historiador para que podamos contemplar en luz más clara el fenómeno extraordinario de la creación de la civilización y cultura cristiana europea.

A. de Silva

Eudaldo FORMENT, *Id a Tomás. Principios fundamentales del pensamiento de Santo Tomás*, Fundación Gratis Date, Pamplona 1998, 184 pp.

La expresión que da título a esta obra del profesor Eudaldo Forment, de la Universitat de Barcelona, está tomada de la encíclica *Studiorum Ducem*, escrita por Pío XI en 1923. El Papa la acuñó a semejanza del versículo del Éxodo en el que se recomienda a los israelitas «Id a José»; con ella, el pontífice aconsejaba una vez más el estudio del pensamiento de Santo Tomás de Aquino. El autor recuerda que Juan Pablo II en la reciente *Fides et Ratio* se une a la larga serie de orientaciones de la Iglesia sobre el pensamiento del Aquinate (Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI).

Jacques Maritain no dudó en llamar a Tomás «el Apóstol de los tiempos modernos», por su aprecio de la inteligencia. Destaca su doctrina abierta, sin fronteras, que responde a los retos del pensamiento actual. Forment se-